Resumen del Curso 1.1. Historia de la Filosofía

En este curso, el desarrollo del pensamiento humano se aborda desde la perspectiva de la historia de la metafísica, entrelazada con un enfoque histórico-cultural y religioso.

La metafísica constituye el núcleo de la filosofía; responde a la pregunta sobre el orden fundamental y el origen de la realidad. El curso enfatiza que no se debe confundir la reflexión filosófica con una moda pasajera ni con una rigidez ideológica, sino practicarla como un método filosófico bien fundamentado.

Para estudiar la historia del pensamiento, el curso opta por la concepción clásica de la historia como genealogía de la verdad (tal como la desarrollaron Otto Willmann y C.S. Peirce): la verdad no es una colección aleatoria de hechos aislados, sino un árbol genealógico de ideas que crece orgánicamente. Desde esta perspectiva genealógica, el curso se estructura en torno a cuatro grandes periodos histórico-culturales:

1. El punto de partida primitivo
2. Los fundamentos antiguos
3. La elaboración medieval
4. La tarea moderna

Parte I: El punto de partida primitivo

El estudio de las primeras civilizaciones humanas (primitivología) demuestra que el llamado «pensamiento salvaje» (la pensée sauvage) no es una superstición ilógica, sino una metafísica coherente, implícita o entimemática. La estructura del pensamiento del hombre primitivo posee una secuencia pragmática completa (convicción – comprobación – resultado – explicación) que es formalmente análoga al razonamiento científico y abductivo moderno.

Dentro de las religiones tribales primitivas, los estudios religiosos comparados distinguen cuatro tipos morfológicos principales:

Totemismo: La creencia en la conexión oculta y sagrada (participación) entre el hombre, el clan y un animal, una planta o un progenitor como símbolo y arquetipo.

Animismo: La comprensión de que el hombre y la naturaleza están animados por un alma (principio vital y conciencia) y que los espíritus actúan en el universo.

Dinamismo/Magismo: La creencia en una fuerza o poder sagrado especial (mana, orenda), manifestado en figuras prominentes de la naturaleza o del liderazgo.

Monoteísmo Primordial: Como demostraron Andrew Lang y Wilhelm Schmidt, incluso los pueblos cazadores-recolectores más antiguos ya creían en un Ser Supremo sublime o Dios Celestial —creador y guardián del orden moral—, lo que refuta la noción evolucionista de que el monoteísmo es una invención tardía.

Mediante la fenomenología eidética, el curso disecciona la conciencia religiosa en tres reducciones:

Reducción objetiva: La experiencia de lo Sagrado se despliega a través de lo milagroso (la experiencia del poder o kratofanía), lo mántico/oracústico (la expresión de los dioses, la voz de la conciencia) y lo telestico (iniciación, ritos de paso y expansión de la conciencia).

Esto se fundamenta en relaciones esenciales como hombre-universo (microcosmos/macrocosmos y la ley de la siembra y la cosecha), fenomenal-oculto y sagrado-profano (el tremendum et fascinans de Rudolf Otto, la gravedad absoluta del ser).

Reducción subjetiva: Examina las actitudes internas de fe. Junto con el misticismo (introducción al orden mundial, con el chamanismo como técnica de éxtasis) y la magia (métodos imitativos y contagiosos), la ética constituye el núcleo de la conciencia. Desde una perspectiva histórico-cultural, la ética se mueve dentro de un proceso de subjetivación desde la mancha (impureza) pasando por el pecado (perturbación del orden) hasta la culpa (responsabilidad personal), regulada por lo que se libera (noa) o se considera tabú/santificado (moa).

Reducción semiótica: La conciencia religiosa se expresa en formas simbólicas: la oración (basada en la analogía proporcional), la representación material (simbolismo sacramental de la mímesis y la metexis), el sacrificio (el retorno simbólico de la fuerza vital recibida al Origen), el dema-cultus (la repetición anual de los tiempos primigenios), el arte (simetría y armonía como reflejo del cosmos) y la sabiduría gnómica (proverbial) y mítica.

Parte II: El pedestal antiguo

Con la transición de las afiliaciones tribales a la ciudad-estado (polis) y el imperio (imperium), emerge la cultura antigua y clásica, en la que tanto el individuo como el ser humano universal ocupan un lugar central. Alrededor

del 800-200 a. C. tiene lugar la Era Axial (Edad Axial de Karl Jaspers): un punto de inflexión espiritual simultáneo en las principales culturas del mundo.

El curso describe los principales centros culturales antiguos:

El Lejano Oriente:

India: De los Vedas y los Upanishads surge el orden cósmico (Dharma), la identidad mística entre el Universo absoluto (Brahman) y el ser interior (Atman), la interacción entre el karma y la reencarnación (samsara), y la búsqueda de la liberación (moksha). Esto se ramifica en escuelas filosóficas ortodoxas (como el Samkhya, el Yoga y el Vedanta) y movimientos reformistas como el jainismo y el budismo (con las Cuatro Nobles Verdades y el Óctuple Sendero).

China: Arraigada en el universalismo (la armonía entre el cielo, la tierra y el hombre) y la dinámica interacción del Yin y el Yang. Lao-Tse describe el Tao (el fundamento primordial que ordena) y la actitud de vida del Wu Wei (desapego), mientras que Confucio desarrolla una moralidad ético-social basada en la piedad filial y el orden estatal.

Oriente Próximo:

Egipto: Ofrece una serena concepción de la creación, el faraón como símbolo divino viviente y los misterios de Osiris.

Mesopotamia: Formula una teogonía primordial, caótica y agresiva en la epopeya del Enuma Elish, donde el mal está presente desde el origen mismo, lo que conduce a una visión trágica del ser.

Israel: Desarrolla el monoteísmo profético. El mito de Adán postula que la creación es esencialmente buena y que el mal proviene de la libertad humana. Profetas como Jeremías interiorizan la religión en un "nuevo pacto" grabado en el corazón.

Persia: Zoroastro proclama un dualismo cósmico y ético entre Ahura-Mazda (Luz y Verdad) y Ahriman (Mentira), que resuena en el mitraísmo y el maniqueísmo posteriores.

Hélade:

Filosofía presocrática: Los fusikoi jonios buscan el archè (sustancia primordial u Origen: Tales, Anaximandro, Anaxímenes); Pitágoras considera el número (arithmos) y la cosmo-armonía como la esencia; Parménides establece la lógica estricta del ser (to on); Heráclito enfatiza el cambio permanente y el Logos que ordena; Demócrito formula el mecanicismo atomista.

Sofística: Se centra en el relativismo escéptico («el hombre es la medida de todas las cosas», Protágoras).

Filosofía ática clásica: Sócrates restaura la virtud mediante la dialéctica y la formación de conceptos. Platón desarrolla el idealismo sustancial: el mundo observable es un reflejo del Mundo de las Ideas (eidos) preexistencial, ordenado bajo el Bien Supremo. Aristóteles completa esto con su hilemorfismo (materia y forma), las cuatro causas (material, formal, eficiente y teleológica) y la ontoteología de Dios como motor inmóvil.

Neoplatonismo: Tras los estoicos y el epicureísmo, la metafísica antigua culmina en Plotino con un monismo emanatista: todo fluye del Uno divino (To Hen) a través del Espíritu (Nous) y el Alma del Mundo hacia la materia, tras lo cual el hombre regresa al Origen mediante la purificación y el éxtasis.

Parte III: La elaboración medieval

La filosofía medieval no es un interludio oscuro, sino una síntesis original y de alto nivel de la herencia clásica antigua y la revelación cristiana (philosophia ancilla theologiae).

En la *Patrística* (incluido Agustín), la idea de la creación se entrelazó con las ideas platónicas: Dios creó el mundo de la nada, y la mente humana adquiere conocimiento mediante la iluminación divina.

La *escolástica* (800-1450) forjó su paideia a través del trivium y el quadrivium (septem artes liberales) como substrucción de la teología.

Un eje central del debate intelectual fue el debate sobre los universales en relación con el estatus de los conceptos generales:

Nominalismo (Roscelin, posteriormente Ockham): Los conceptos generales son meros nombres (nomina); solo las cosas individuales existen en la realidad.

Ultrarealismo (Guillermo de Champeaux): Los conceptos poseen una existencia real e independiente, fuera y antes de las cosas (universal ante rem).

Realismo escolástico (Pedro Abelardo, Tomás de Aquino): Coordina estas posturas en una triple presencia de la forma: ante rem (en el espíritu de Dios), in re (como ser/esencia en las cosas) y post rem (como concepto abstracto en la mente humana).

En la *Alta Escolástica* (siglo XIII), esta síntesis alcanzó su apogeo con el redescubrimiento de Aristóteles. Tomás de Aquino (tomismo) formuló un magistral realismo de la creación: la naturaleza es cognoscible e inteligible porque su estructura interna está ordenada por el Espíritu Divino. Mediante la analogía del ser (analogica entis), lo creado se conecta con el Creador sin coincidir con él.

En *la escolástica tardía* (siglos XIV-XV), esta síntesis decayó debido al nominalismo emergente de Guillermo de Ockham. Al romper el vínculo entre el Origen divino y las formas del ser en la naturaleza, Ockham separó la fe de la razón, lo que allanó el camino al posterior secularismo.

Parte IV: La tarea moderna

La era moderna se caracteriza por una crisis de la metafísica antigua y un proceso radical de autonomía humana:

Renacimiento (1450-1640): El individualismo se redefine y se redescubre la antigua humanitas. Galileo sienta las bases de la ciencia natural moderna: la naturaleza ya no se aborda a través de las formas aristotélicas del ser, sino mediante el análisis experimental y matemático-mecánico. Descartes formula el dualismo entre res cogitans (mente) y res extensa (materia), al que Spinoza responde con el monismo y Leibniz con la doctrina de las mónadas.

Ilustración (siglo XVIII): La razón autónoma y exacta rechaza la autoridad tradicional y eclesiástica. El método científico natural degenera en una ideología tecnocrática: el mundo se desacraliza y se reduce a un mero instrumento en una estrategia de medios-fines. En reacción a este frío racionalismo, surge el prerromanticismo (Rousseau, Herder), que redescubre el sentimiento, la cultura popular, el misticismo y la naturaleza sublime.

Siglos XIX y XX: Se caracterizan por un vaivén entre el idealismo alemán (Fichte, Schelling, Hegel), el cientificismo/positivismo/marxismo, el irracionalismo vitalista (Nietzsche, Bergson), la fenomenología/ontología existencial (Husserl, Heidegger, Jaspers) y el análisis lingüístico y la hermenéutica contemporáneos.

Conclusión: La tarea filosófica

La desilusión con el Origen trascendente conduce a la amenaza del nihilismo («Dios ha muerto») en la cultura occidental. Según este curso, la «tarea moderna» de la filosofía no consiste en rechazar la ciencia moderna, sino en trascender el secularismo superficial. Mediante la rehistorización, el pensamiento debe reconectarse con el linaje vivo de la philosophia perennis: la antigua tradición metafísica universal que unía la naturaleza, los valores humanos y el Origen divino en un todo coherente.